

Abril rojo: la guerra en tiempos de paz

Por Brenda MORALES MUÑOZ

*Un perro. Un prado
En este país un perro negro sobre un gran prado verde
Es cosa de maravilla y de rencor*

Antonio Cisneros, "Un perro negro"

LA VIOLENCIA POLÍTICA ha sido uno de los temas centrales de la narrativa peruana prácticamente desde el inicio del conflicto armado interno protagonizado por la organización Sendero Luminoso entre 1980 y 1992. Hasta ahora la violencia se ha ficcionalizado de diversas maneras en cuentos, novelas, poemas, obras de teatro y películas.¹ La producción literaria ha sido constante, abundante y heterogénea en sus argumentos, características y repercusiones, e igualmente ha sido abordada desde gran multiplicidad de enfoques y puntos de vista que muestran las dificultades a las que se enfrentan los autores para representar un tema tan complejo, doloroso y delicado.

A principios del siglo XXI se dio un marcado auge, sobre todo de novelas, que ya no se detenían en la guerra en sí, sino en las secuelas que dejó en la sociedad, así como en la recuperación posterior. La preocupación que estas obras comparten es la memoria, debido a que tras los veinte años de terror se regresó a una paz y estabilidad relativas que permitieron reflexionar sobre ese pasado inmediato. Los escritores de dichas obras, llamados “cosmopolitas”,² perciben el conflicto de una forma muy distinta a los primeros debido a que están menos politizados o influidos por ideologías y por la distancia que da el tiempo y el espacio.

* Doctoranda en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <morales.m.brenda@gmail.com>.

¹ En 2010 se contabilizaron 306 cuentos, 68 novelas y 20 películas. Véase Mark Cox, *Sasachakuy tiempo: memoria y pervivencia. Ensayos sobre la literatura de la violencia política en el Perú*, Lima, Pasacalle, 2010.

² Carmen Perilli llama así a los escritores que viven fuera de Perú o no ubican sus obras en territorio peruano, Carmen Perilli, “Todas las sangres: la narrativa peruana de posguerra”, *Telar. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos* (Universidad Nacional de Tucumán), núm. 7-8 (2009-2010), p. 77.

Críticos como Paolo de Lima y Gustavo Faverón concluyen que tales autores se ubican dentro de lo que podría llamarse la “literatura post cvr”, es decir, la escrita y leída en el contexto de la publicación y recepción del informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación en 2003.³ Dicho informe se presentó una vez que la guerra se dio por concluida oficialmente con el objetivo de “reparar y compensar la violación de los derechos humanos así como las pérdidas o daños sociales, morales y materiales sufridos por las víctimas como resultado del conflicto armado interno”.⁴ Un escritor perteneciente a este grupo es Santiago Roncagliolo, cuya novela *Abril rojo* (2006) se abordará en el presente trabajo.

La celebración de la Semana Santa en Ayacucho es una de las fiestas más tradicionales en Perú. En el año 2000 la ciudad andina se preparaba para recibir una gran afluencia de turistas pero también se enfrentaba a un ambiente político tenso debido a la celebración de elecciones. En este escenario transcurre la historia de *Abril rojo*, tercera novela de Roncagliolo, construida a manera de *thriller*. Las acciones se desarrollan en el corto lapso entre el 8 de marzo y el 3 de mayo, últimos meses en los que el presidente Alberto Fujimori se mantuvo en el poder.

El narrador es heterodiegético, pero la perspectiva está focalizada en el personaje del fiscal distrital Félix Chacaltana Saldívar, quien debe investigar el hallazgo de un cadáver calcinado. Ésa es la primera prueba de un largo camino donde los crímenes que se suceden son cada vez más sangrientos e impresionantes.

En Quinua, el 8 de marzo de 2000, Justino Mayta Carazo encontró “un tronco quemado, negro y pegajoso [...] un cuerpo deformado por el fuego”.⁵ Había sido rociado con keroseno y luego encendido hasta dejarlo prácticamente carbonizado. Además, le faltaba el brazo derecho y tenía una cruz en la frente hecha con un cuchillo. La imagen era perturbadora pero el único impresionado parecía ser el fiscal, quien estaba frente a su primer “occiso” desde su regreso a Ayacucho un año atrás. Este primer crimen llevó a

³ Véase Paolo de Lima, *Poesía y guerra interna en el Perú (1980-1992)*, Nueva York, Edwin Mellen Press, 2013; y Gustavo Faverón Patriau, ed., *Toda la sangre: antología de cuentos peruanos sobre la violencia política*, Lima, Matalamanga, 2006.

⁴ Informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, disponible en DE: <<http://www.cverdad.org.pe/ifinal/>>.

⁵ Santiago Roncagliolo, *Abril rojo*, Madrid, Punto de Lectura, 2007, p. 15. Todas las citas de este texto corresponden a la presente edición. En adelante sólo se indicará el número de página.

Chacaltana a sospechar que el o los culpables podrían ser senderistas, ya que pensaba que sólo ellos eran capaces de cometer un asesinato con semejante grado de violencia. Estaba confundido, no podía guiarse por sus intuiciones porque en el presente de la narración, la guerra había terminado. De acuerdo con la versión oficial, esto significaba que todos los terroristas habían sido encarcelados y no quedaba un solo brote, lo que confirmaba que habían triunfado sobre el mal que amenazaba al país. Para seguir adelante era conveniente aparentar que la paz había llegado, fingir una calma inexistente e, incluso, borrar todo ese pasado, no hablarlo, no recordarlo. No obstante, el fiscal se dio cuenta de que los fantasmas del pasado estaban más cerca que nunca, que la presencia senderista seguía y temía incluso un resurgimiento con más fuerza, pero no sabía si debía dar la alarma a sus superiores ni cómo hacerlo.

Unos días después fue enviado a supervisar las elecciones en Yawarmayo, donde observó con claridad más huellas senderistas. En cuanto llegó al pueblo notó unas sombras que tomaron forma cuando se acercó a ellas: “eran perros. Algunos ahorcados, otros degollados, algunos abiertos en canal, de modo que sus órganos internos goteaban desde sus panzas [...] llevaban carteles que decían ‘Así mueren los traidores’ o ‘muerte a los vendepatrias’” (p. 96). Los perros con letreros fueron uno de los recursos atemorizantes más utilizados por Sendero Luminoso. A finales de los setenta algunos pueblos y ciudades, incluida Lima, amanecieron varias veces con el terrible espectáculo de perros colgados de postes de luz y semáforos con mensajes como “Deng Xiao Ping, hijo de perra”. Estos animales representaban a los traidores y sirvieron como adornos crueles, como anuncios de guerra, como símbolos de una crudeza excesiva.⁶

Esa misma noche lo sacudieron otras muestras incuestionables de que la presencia senderista era una realidad y se enfrentó a ecos de la guerra que creía remotos:

Oyó la explosión [...] escuchó rumores, ecos, gritos lejanos [...] Había fuego en las montañas. Ahora escuchaba los gritos con mayor claridad. Eran los mismos gritos que había escuchado muchos años antes. Las consignas.

⁶ Los letreros hacían referencia al sucesor de Mao Tse-tung, quien murió en 1976. Ping cambió radicalmente la política económica maoísta, fue el encargado de abrir e insertar a China en la economía mundial que puso fin a su aislamiento. Por estos motivos fue acusado de traidor por los seguidores más fieles de Mao.

Enormes fogatas coronaban las montañas en cada uno de los puntos cardinales. Arriba, exactamente, detrás de él, la figura de la hoz y el martillo dibujada con fuego se cernía en la noche sobre el pueblo (pp. 105-106).

Los aullidos, gritos y vivas lo asfixiaron y atemorizaron. Pero cuando contó a las autoridades lo sucedido éstas reaccionaron de manera muy distinta a la suya. Con toda tranquilidad le explicaron: “esto no es un rebrote, Chacaltana. Esto está igual desde hace veinte años” (p. 99). Hablaban con naturalidad alarmante de estas acciones, les restaban importancia, afirmaban que sólo se trataba de “un grupo de payasos”, que quizá podría quedar por ahí algún subversivo, pero en lo esencial, habían acabado con ellos. La explicación, vale mencionarlo, no satisfizo al fiscal.

En medio de una caminata por las afueras de Yawarmayo, Chacaltana fue atacado por Justino Mayta, quien lo persiguió hasta ahí para golpearlo. Forcejearon pero no logró capturarlo.

Ésta era la segunda vez que lo seguía, por lo que decidió investigar el pasado de Justino. Revisó los archivos y pudo averiguar que el 8 de marzo de 1990 un comando militar fue a su casa, donde vivía con su madre y su hermano Edwin, quien era sospechoso de pertenecer a Sendero. Por órdenes del teniente Alfredo Cáceres Salazar, Edwin fue detenido y desde ese día se encontraba desaparecido. La versión oficial sostenía que había sido dejado en libertad porque nunca había podido comprobarse su pertenencia a núcleo senderista alguno y que posteriormente había pasado a la vida clandestina.

Junto a dicha información, encontró los nombres de los otros supuestos integrantes de la célula. Uno de ellos, Hernán Durango González, estaba preso en el penal de máxima seguridad de Huamanga. Resolvió ir a entrevistarse con él sin informar a sus superiores. La visita lo puso nervioso porque nunca antes había hablado con un terrorista. Durango le contó de Cáceres, del “Perrito Cáceres”, como era mejor conocido. Le relató sus métodos de detención y de tortura, de cómo se deshacía de los detenidos, de la violencia que ejercía, de los asesinatos que cometió impunemente. Además le advirtió que la guerra que creían terminada seguía en pie: “Estamos ahí señor fiscal. Estamos agazapados. Esta pradera se encenderá, como ha hecho durante siglos, en cuanto salte una chispa” (p. 148). Su visita al penal lo estremeció, tanto por las condiciones en las que vivían los reclusos, como por la actitud del preso y sus revelaciones.

El viernes 14 de abril, Chacaltana fue llevado por sus superiores a las afueras de Ayacucho, concretamente a un cerro, en el que en un agujero se encontró con una imagen terrible:

Eran miembros, brazos, piernas, algunos semipulverizados por el tiempo de enterramiento, otros con los huesos claramente perfilados y rodeados de tela y cartón, cabezas negras y terrosas una sobre otra, formando un montón de desperdicios humanos de varios metros de profundidad. Ni siquiera se veía el final de esa acumulación de huesos y cuerpos secos (p. 162).

Mientras intentaba esclarecer el primer crimen y reponerse de la impresión que le causó ver la fosa clandestina, se dio un segundo hallazgo. El cuerpo de Justino Mayta Carazo fue encontrado completamente vacío de sangre y sin el brazo izquierdo: “Clavaron siete puñales con precisión perfecta [...] lo destrozaron sin cortar las principales vías de circulación y dejaron el cuerpo deliberadamente boca abajo” (p. 173). En la escena encontraron una nota en la que Sendero Luminoso se atribuía el asesinato. Podía notarse que este crimen y el del 8 de marzo parecían haber sido cometidos entre varios hombres con una exactitud quirúrgica para amputar los miembros.

Para armar el rompecabezas, Chacaltana pensó que le faltaban dos piezas fundamentales: Edwin Mayta y Alfredo Cáceres. Pero le resultó imposible hablar con ellos, le informaron que los restos de Edwin se encontraron en la fosa clandestina y que el cuerpo de Cáceres correspondía al primer cadáver.

En esa coyuntura indagó en el pasado de Cáceres, se enteró de que tenía muchos enemigos en la zona debido a la forma violenta con la que combatió a los senderistas: “se pasó en todos los interrogatorios. Toda la fosa que ha visto usted la hizo él casi solito. Edwin Mayta Carazo cayó en uno de sus operativos” (p. 176). Tras el fin de la guerra, el teniente había sido sentenciado a una condena de veinte años en el fuero militar de Lima, pero sólo cumplió dos y fue trasladado a la guarnición de Jaen, en la selva, lejos de todo, para que nadie lo recordara. Cáceres quedó desequilibrado, había matado demasiado. En Jaen había establecido contacto con las rondas campesinas para organizar defensas contra la subversión. Ya nadie le hacía caso, se había vuelto loco.

Chacaltana comprendió que, al igual que Cáceres, debía haber muchos otros militares que abusaban de la violencia, que se saltaban las reglas y ejercían la fuerza de manera indiscriminada.

En este momento, el comandante Carrión se preocupó, estaba seguro de que él sería la siguiente víctima en la lista porque en la época de Cáceres él era su superior inmediato. Por esa razón le confió la investigación al fiscal. Por primera vez Chacaltana iba a ser el encargado de solucionar un caso tan complejo. Aquí empezó oficialmente su papel de investigador: “Había algunos detalles más extraños en las últimas muertes. Cosas que debía investigar, que no encajaban con los métodos senderistas tradicionales. Su función ahora era investigar solo, meter la cabeza donde nadie quería meterla, ni él mismo” (p. 182).

Lo primero que hizo fue buscar explicaciones con el padre Quiroz; estaba convencido de que las muertes debían tener algún significado religioso por las fechas en que se presentaban, Semana Santa, y por la forma de actuar de los asesinos, sobre todo en la manera en la que destruían los cuerpos.

Aunque el padre le dio algunas pistas, cada nueva persona con la que se entrevistaba lo confundía más, no sabía en quién confiar.⁷ En lugar de certezas, su cerebro se nublaba con más y más dudas, acumulaba información y datos pero se sentía como Aquiles, detrás de una tortuga que no podía alcanzar.

Si los asesinos querían sabotear la Semana Santa, el fiscal intuía que el próximo golpe sería el Domingo de Ramos, inicio oficial de las festividades. Decidió ir de nuevo a la cárcel a entrevistarse con Durango, necesitaba entender, hablar con alguien que lo ayudara a esclarecer esa maraña incomprensible que ponía a prueba su inteligencia e intuición. En este segundo encuentro el reo le relató otros casos de brutalidad policiaca y militar que lo estremecieron y dejaron sin palabras:

Cuando cerraron la puerta, los de Fuerzas Especiales se nos arrojaron encima, señor fiscal. Eran unos doscientos armados con garrotes, gases paralizantes y cadenas, sueltos como perros rabiosos cruzando el patio a zancadas, hacia nosotros. La mayoría de los nuestros estaban esposados o con grilletes [...] Nos rociaron la cara, y mientras no podíamos ver nos arrojaron a garrotazos al suelo [...] A mí me dieron en la cabeza, en los

⁷ Por ejemplo, después de hablar con Quiroz acude a Carrión y éste le cuenta la razón por la que había un crematorio en la iglesia. Se había construido en los ochenta a petición del comando militar para “borrar cadáveres inconvenientes. Era una buena alternativa logística. En vez de fosas, fuego. Ellos mismos se ofrecieron a implementarlo” (p. 199). Durante la guerra había demasiados muertos, los cementerios no daban abasto y de algún modo tenían que ocuparse de ellos.

testículos, en el estómago. Pero no se quedaron contentos con eso. A las mujeres les... —cerró los ojos— ... les arrancaron la ropa, y luego, frente a nosotros, empuñaron sus garrotes riéndose [...] ¿Quiere usted saber lo que les hicieron con esos garrotes, señor fiscal? Debería saber lo que hicieron con esos garrotes a las mujeres, porque luego a los hombres nos hicieron lo mismo (pp. 218-219).

Durango le abrió los ojos y lo obligó a enfrentar lo que no quería ver. Se dio cuenta de las mentiras sostenidas por los militares sobre la inexistencia de amenaza terrorista alguna y sobre su justa actuación y no le quedaban dudas. A pesar de su rectitud y de su confianza casi ciega en autoridades e instituciones, el choque con la realidad fue transformando al fiscal y desvaneciendo sus certezas. Antes de entrar en contacto directo con la violencia tenía clara su postura ética y sus principios morales. Como parte de una institución estatal, no dudaba de que los senderistas fueran criminales y de que el ejército debía encargarse de salvaguardar a la población de los actos terroristas, pero conocer estas historias en Ayacucho lo trastocó todo, entendió que esta división era absurda y falsa porque ambas partes ejercían la violencia.⁸ Todo su sistema de valores se cayó al piso. Aparentemente había vivido con los ojos vendados, idealizando a los miembros del ejército y de otras instituciones peruanas. Se preguntó si la guerra justificaba los abusos, si por deshacerse de los “terrucos” podían hacer lo que fuera. Supo que la realidad de la guerra era muy compleja, muy distinta a la que le habían enseñado en Lima, y ni siquiera estaba cercano a comprenderla:

Chacaltana había vivido toda su vida entre palabras ordenadas, entre poemas de Chocano y códigos legales, oraciones numeradas u ordenadas en versos. Ahora no sabía qué hacer con un montón de palabras arrojadas al azar sobre la realidad. El mundo no podía seguir la lógica de esas palabras. O quizás todo lo contrario, quizá simplemente la realidad era así, y todo lo demás eran historias bonitas, como cuentas de colores, diseñadas para distraerse y para fingir que las cosas tienen algo de significado (p. 315).

Tales revelaciones hacen que el fiscal se sienta perdido, pero conocerlas le dio valor, lo hizo ser más fuerte y esa fortaleza lo

⁸ Sólo que la diferencia la daba la ley, como dice Durango: “si uno mata con bombas caseras se llama terrorismo y si mata con ametralladoras y hambre se llama defensa. Es un juego de palabras, ¿no?” (p. 146).

sorprendió hasta a él mismo, por fin dejó de ser el débil, el obediente, el amable.

En estas circunstancias se dio un tercer crimen. El 19 de abril los guardias de la cárcel de Huamanga reportaron la desaparición del recluso Hernán Durango González. Al día siguiente encontraron su cuerpo, al que le faltaba una pierna: “apoyado en disposición cruciforme sobre un árbol de dos metros y medio de altura [...] El occiso presentaba una corona ceñida a su frente consistente en un metro y medio aproximadamente de alambre de púas, enrollado en torno a la cabeza” (p. 231).

Por tercera ocasión, Chacaltana se enfrentó a una escena aterradora. No sabía quién ni por qué hacía esto. Faltaba información, no había testigos, nadie veía ni escuchaba nada. En este último asesinato encontró una nota que decía “Muerto por soplón. Sendero Luminoso”. Pero por alguna razón no parecían crímenes senderistas:

Todas las víctimas parecían haber ido directamente, casi voluntariamente, hacia su asesinato. Con Mayta y Durango era razonable. Confiaban en sus camaradas, se dejaron llevar. El primero, Cáceres, también tenía una explicación: estaba loco de remate, loco de sangre. La gente que ha matado demasiado ya no se arregla nunca. No importa de qué lado lo haya hecho (p. 235).

Esta muerte lo llevó a pensar que él mismo podía ser blanco del asesino y que quizá estaba más involucrado de lo que creía. En medio de la paranoia se sintió vulnerable, le atemorizaba constatar que las personas con las que hablaba morían. Lo desconcertaba ver en qué se había convertido su vida, si hasta hace muy poco sólo tenía que hacer informes y enviar memorándums. En cambio ahora debía resolver varios casos de asesinatos con un grado de violencia terrible.

Sus temores se agudizaron el viernes 21 de abril con el hallazgo del cuarto cadáver:

Sin poder dormir, en la madrugada de aquel día Chacaltana decidió buscar al párroco, sólo para saber si estaba bien. En su casa encuentra su cuerpo: “en realidad, el medio cuerpo que sobresalía del horno, era el del padre Quiroz [...] De su boca emergía un cuchillo, que atravesaba su garganta hasta la nuca [...] el asesino había vertido ácido sobre la cara y los brazos del sacerdote [...] Adentro del horno, el fiscal percibió que le habían separado la pierna del tronco (p. 260).

A partir de ese momento Chacaltana demostró que no estaba preparado para ser detective, no conseguía controlar sus nervios y cometió muchos errores en esta ocasión: manipuló el cuerpo, modificó la escena del crimen y disparó su arma. Además de la impresión por el cadáver, temía por su vida, pensaba que tal vez el asesino todavía se encontraba en la casa y también temía que alguien lo encontrara ahí y al no saber explicar su presencia se convertiría en sospechoso.

Desesperado, Chacaltana salió de la casa del párroco y se refugió con Edith, la mesera del restaurante donde solía almorzar. Hasta ese momento ella era su único remanso de paz. El fiscal no tenía familia ni amigos y ella era la única persona con la que había logrado entablar una relación. Los dos eran seres solitarios y ninguno hablaba mucho. Del pasado de Edith el fiscal sólo sabía que sus padres habían muerto “por los terrucos”. Alterado, discutió con ella y pelearon fuertemente. Chacaltana decidió buscar en los archivos el nombre de Edith. Ahí encontró que sus padres habían sido senderistas y habían muerto durante un ataque a un puesto policial. Además, se enteró de que ella se había dedicado a llevar ayuda médica y comida a los presos por terrorismo en el penal de Huamanga.

Esta noticia lo perturbó aún más, confirmó que no podía confiar en nadie. Revisó la lista de visitas de Durango y efectivamente vio el nombre de Edith. Descompuesto, cometió otro error: fue a buscarla visiblemente enojado, la increpó en medio de la calle y le apuntó con su arma, sin reparar en los testigos.

Esta escena muestra la transformación del protagonista, el fiscal ya no es el personaje que el lector conoció al inicio de la novela. Su *naïveté* fue borrada por completo, se convirtió en un hombre que perdía los estribos, capaz de usar la fuerza, de amenazar y de alterarse como nunca antes lo había hecho.

El sábado 22 de abril se encontró el quinto cadáver. Esta vez se trataba de Edith: “la pequeña habitación estaba casi enteramente pintada de sangre [...] había pintas con lemas senderistas, escritos con un pincel que el asesino había mojado en el cuerpo que descansaba sobre la cama. Cuerpo. No era un cuerpo en realidad [...] dos piernas, dos brazos, una cabeza. Amontonados sobre la cama dejando libre el espacio del tronco” (p. 299).

El golpe en el ánimo de Chacaltana fue insondable, no pudo seguir con la investigación, por lo que otros se encargaron de dirigirla. En esta parte de la trama hay una vuelta de tuerca lógica para

el lector, pero inesperada para el fiscal pues las pruebas indicaban que el principal sospechoso era él:

Anoche se le vio salir en compañía de la víctima del restaurante El Huamanguino. Según nuestra información, estaba usted visiblemente alterado. Hay testigos que aseguran que ustedes dos discutieron. Muchísimos testigos. Varios de ellos afirman que la amenazó usted con arma de fuego en plena vía pública. Después de eso, ella no volvió al restaurante. Nadie más volvió a verla viva. ¿Qué tiene usted que decir? (p. 300).

Su mundo se derrumbó. Había cometido muchos errores en busca de la verdad. No sólo tenían pruebas que lo involucraban en el caso de Edith, también en los demás asesinatos: había señas de que había estado en casa del párroco, sabían que había visto a Justino y figuraba en las listas de visitas de Durango.

Toda su investigación se estaba yendo a la basura, había perdido tiempo valioso cuando creía que los culpables eran senderistas y eso lo hizo sentir como el peor de los detectives: “Ahora sí se sentía un inútil. Había estado siguiendo todo el tiempo un callejón sin salida, persiguiendo fantasmas, persiguiendo a sus propios miedos, a sus propios recuerdos, más que a una realidad que se reía de él” (p. 303). Por momentos parecía acercarse a la solución del enigma pero siempre fallaba.

A pesar de las pruebas en su contra y ante su sorpresa, fue puesto en libertad, si lo querían incriminar estaban perdiendo la mejor oportunidad. En su casa, aturdido, comprendió que un crimen más era inminente. Si los asesinos estaban armando un cuerpo, faltaba la cabeza, que podría ser la suya. Como sólo le quedaba un sospechoso, decidió ir a buscarlo.

Se trataba de Carrión, que sabía todo porque estaba involucrado hasta el cuello, él fue el encargado de deshacer el nudo para Chacaltana. Le contó que Cáceres, en su locura, quería revivir la guerra, por eso decidieron pedirle a Justino que lo matara. Ningún militar iba a hacerlo y era la oportunidad de Justino para vengar a su hermano. Pero todo se complicó y Justino y el párroco tenían que morir porque podrían acusarlo, hizo lo mismo con Durango y Edith porque no sabía de qué podían haber hablado con el fiscal. Carrión también dio señales de haber perdido la razón cuando le explicó que: “[los muertos] me pedían que la sangre no fuese derramada en vano, Chacaltana, y yo lo hice: un terrorista, un militar, un campesino, una mujer, un cura” (p. 315). Después de esta revelación discutieron y se persiguieron hasta que Chacaltana

lo mató, aunque parecía que Carrión buscaba que lo mataran pues fue directamente a su asesino y nunca se defendió. Así, el fiscal de ser un hombre honorable e intachable pasó a ser un prófugo acusado de asesinato múltiple, ya no era más el cazador, se había convertido en la presa.

Este repaso de la novela permite apoyar la conclusión de que la representación del crimen en *Abril rojo* es inclemente, directa y cruda. El autor utiliza los mecanismos de la novela negra para abordar el tema de la violencia política peruana. Se inserta, siguiendo a Néstor Saavedra, dentro de un grupo de novelas que “sigue una lógica de investigación ante la trasgresión de una ley. Son novelas que se definen en el marco de manera indirecta, recogiendo fuentes, testimonios de quienes en verdad participaron de la violencia política”.⁹

En *Abril rojo* hay una estructuración del conflicto armado desde la lógica del género negro latinoamericano contemporáneo. En palabras de Mempo Giardinelli, se trata de una “narración que contiene los elementos del crimen, suspenso y misterio de forma protagónica”,¹⁰ en donde el detective no es cerebral, sino intuitivo y, por momentos, contradictorio.

El principal rasgo de la novela negra es que el peso de la trama recae en el investigador, hecho fundamental porque detona la transformación psicológica y moral que éste sufre y constituye uno de los aspectos más interesantes de esta historia. Al inicio Chacaltana es solitario, impertinente, débil, miedoso, conformista, ingenuo. Es, como sucede en todo *thriller*, un personaje con manías y costumbres muy particulares, aunque en este caso se trata de una separación de la vida real. Es un hombre disciplinado, obsesionado con las reglas de su trabajo, el cual, a pesar de su monotonía e intrascendencia hace con un férreo sentido del deber. Anhela alcanzar el éxito en su profesión y llegar a las altas esferas del poder, actuando siempre de forma honesta y ayudando a su país. La importancia que para él tienen las leyes es incuestionable. El autor hiperboliza estas características y tanta rigidez, lo que por momentos llega a rayar en lo cómico. Esto se puede ver de manera clara en los informes judiciales de su autoría que se insertan entre cada capítulo, en

⁹ Néstor Saavedra, “Identidad y diferencia: un acercamiento al conflicto armado de la década de los 80 representado en cinco novelas peruanas contemporáneas”, *Ajos & Zafiros. Revista de Literatura* (Lima), núm. 8-9 (2007), p. 66.

¹⁰ Mempo Giardinelli, *El género negro*, México, UAM, 1984, p. 247.

donde narra su proceso de investigación y cuyo tono es totalmente burocrático. En este sentido, Eric Carbajal explica que:

La sociedad corrupta en la que los asesinatos ocurren en la novela resalta hiperbólicamente con el personaje investigador o detectivesco que representa el fiscal distrital Félix Chacaltana Saldívar, un ciudadano obsesionado con la ley, el orden y los procesos burocráticos. Esto se debe al intento del autor de encasillar a su personaje dentro del modelo de la nueva novela negra latinoamericana puesto que Chacaltana es un tipo de antihéroe que goza de una enorme ingenuidad y una serie de contradicciones.¹¹

El protagonista es un personaje atractivo, al que es difícil comprender y, por lo tanto, resulta enigmático. Su vida es complicada y el lector conoce poco sobre ella, sólo lo que se alude veladamente. Ayacucho es su pueblo natal, lleva muchos años fuera y se siente un extraño en su propia tierra. Cuando vuelve de Lima pretende reencontrarse con una cultura que, en realidad, nunca tuvo y con una ciudad que desconoce. Él es ayacuchano pero no habla quechua, no conoce la zona e incluso la comida tradicional de la región lo incomoda, es un desarraigado.

Sin embargo, ante las mentiras y obstáculos que encuentra en el camino de su investigación, un cambio opera rápidamente en él, se siente capaz de desafiar a sus superiores y empieza a actuar fuera de las leyes y la formalidad. Además, cuando presencia un tipo de violencia como la descrita líneas arriba, tiene que aprender a reaccionar con su propia fuerza. Se olvida de su ingenuidad, pero se precipita en una locura igualmente violenta.

La decisión de investigar por su cuenta los asesinatos es un argumento clásico en la novela negra, en la que muchas veces el policía o el detective no queda convencido con el cierre que le han dado a un caso y decide seguir investigando fuera de los procedimientos oficiales. Se dedica a remover las aguas artificialmente estancadas para descubrir la auténtica verdad. Chacaltana lo hace de forma impulsiva, poco pensada, sin prever lo que va a encontrarse en aquellas aguas y sin imaginar que esta decisión lo convertirá en un verdadero detective.

¹¹ Eric Carbajal, "Mitología y neutralidad: ideología simulada en *Abril rojo* de Santiago Roncagliolo", *Cincinnati Romance Review* (University of Cincinnati), núm. 36 (otoño de 2013), p. 177.

Desde mi punto de vista, una de las razones por las que se le dificulta tanto al fiscal esclarecer el caso es su desconocimiento del mundo andino, que lo lleva a actuar bajo la influencia de sus prejuicios. Chacaltana se enfrenta a un mundo que no conoce, ignora las tradiciones indígenas en el contexto de las celebraciones religiosas de Semana Santa. En diversos momentos el lector constata que la ignorancia le impide investigar adecuadamente por sus prejuicios contra los indios y lo que él considera su fanatismo religioso. Con esta actitud, el fiscal “se confronta con los límites de su propio acercamiento al país”,¹² un Perú andino que parece conocer de manera superficial.

El nivel de incomprensión e indiferencia es grave, pero no sólo de parte de Chacaltana. Al no comprender la cosmovisión indígena y el significado de la Semana Santa o del mito del Inkarrí,¹³ a los investigadores, occidentales y católicos, se les dificulta mucho la tarea. Por ejemplo, en algún momento el fiscal menciona “lo difícil que resulta interrogar a un quechuahablante, sobre todo si, además, no le da la gana de hablar. Y nunca les da la gana. Siempre temen lo que pueda pasar. No confían” (p. 64). Para ellos, que no se interesan por hablar quechua, los indios son indescifrables. Puede decirse que hay un grado cero de entendimiento, como diría Antonio Cornejo Polar.¹⁴

La concepción de mundo del protagonista es dicotómica, y en ella la parte andina “es un mundo de atraso y supersticiones, de violencia y sangre, de religión y religiosidad, de maldad e incomprensión, cuestiones que separan a los indios del mundo de la Costa, del mundo limeño de los blancos, mundos separados que no apuntan a un mestizaje cultural”.¹⁵ En este panorama, él mismo no termina de encajar en una u otra parte.

¹² Víctor Vich, *El canibal es el Otro: violencia y cultura en el Perú contemporáneo*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2002, p. 50.

¹³ El mito del Inkarrí (híbrido de la palabra quechua *inka* y la española *rey*) se originó con la muerte de Túpac Amaru I, decapitado en la Plaza de Armas del Cusco en 1572. Inkarrí es un dios fundador con muchos poderes, que por orden de un rey español fue apresado, torturado y decapitado y su cabeza llevada a la antigua capital del Inca. El mito sostiene que a pesar de esto no ha desaparecido, está vivo, cada una de las partes de su cuerpo está enterrada, y discretamente, a partir de ese cráneo el cuerpo de Inkarrí se está reconstituyendo dentro de la tierra. Cuando su cuerpo vuelva a unirse, Inkarrí volverá al mundo y tendrá lugar el juicio final.

¹⁴ Véase Antonio Cornejo Polar, “Diálogo de Cajamarca”, en *Escribir en el aire*, Lima, Centro de Estudios Antonio Cornejo Polar, 2003.

¹⁵ Luis Veres, “Mito, religiosidad, milenarismo y terrorismo en *Abril rojo* de Santiago Roncagliolo”, *Espéculo. Revista de Estudios Literarios* (Universidad Complutense), núm.

Por otro lado, los crímenes también sirven de pretexto para que el fiscal se entere de la manipulación de la historia, de cómo las autoridades han pretendido silenciar los ecos de la guerra. Chacaltana descubre los huecos y omisiones, reconoce que aquello que no está escrito también es parte de la historia y su exclusión responde a ciertos intereses políticos. A lo largo de la novela no sólo descubre que la violencia sigue allí, sino que él mismo es partícipe de ella. Asimismo, se da cuenta de que la guerra no ha terminado, como se dice en Lima, y de que en la zona hay graves problemas no resueltos que se prefiere ignorar. Reconoce, con indignación, que a las autoridades no les conviene hablar porque se descubriría toda una red de complicidad y corrupción. Como ejemplo, quedaría en evidencia la alianza que se produjo entre el ejército y la Iglesia con el objetivo de deshacerse de los cadáveres producto de las violaciones a los derechos humanos. De igual forma, descubre con sorpresa que las víctimas también prefieren el silencio:

Nadie quería hablar de eso. Ni los militares, ni los policías, ni los civiles. Habían sepultado el recuerdo de la guerra junto con sus caídos. El fiscal pensó que la memoria de los años ochenta era como la tierra silenciosa de los cementerios. Lo único que todos comparten, lo único de lo que nadie habla (p. 156).

Santiago Roncagliolo recurre a la novela negra porque sus características le permiten hacer consideraciones de tipo social. Una de sus especificidades es la manera en la que el personaje detectivesco pasa frecuentemente del cuestionamiento de los sospechosos al cuestionamiento de un problema social. La representación de una sociedad aquejada por la corrupción y una crisis social es un ingrediente básico del género negro que en *Abril rojo* se aplica perfectamente.¹⁶ En este caso, como menciona Carbajal, “el autor recurre al modelo de la novela negra para usar estrategias críticas y analíticas de una sociedad corrupta y posviolenta”¹⁷ que quedó

34 (noviembre de 2007-febrero de 2008), disponible en línea. Carbajal coincide con Veres en este punto y afirma que el mundo andino en *Abril rojo* se presenta como: “un mundo de atraso y supersticiones en donde la presencia de lo ancestral prehispánico pervive en realidad vinculado a la violencia”, Carbajal, “Mitología y neutralidad: ideología simulada en *Abril rojo*” [n. 11], p. 170.

¹⁶ La preocupación por algún aspecto en particular de una sociedad latinoamericana es lo que hace a la novela negra latinoamericana diferente de otras obras del género negro a nivel mundial.

¹⁷ Carbajal, “Mitología y neutralidad: ideología simulada en *Abril rojo*” [n. 11], p. 186.

marcada por el conflicto interno peruano. Cabe señalar que Roncagliolo incorporó los ingredientes básicos y organizó su relato siguiendo en líneas generales las convenciones de la novela negra en la que la actividad de detectives como Chacaltana tiene como propósito identificar al agente transgresor del orden social y cuyo objetivo es atrapar al criminal para restaurar el orden en la sociedad para lo cual recurre a un desenlace sombrío en el que el detective queda tan contaminado por la investigación que termina colocándose del lado de los criminales.

Abril rojo es un *thriller* de suspenso bien estructurado que se integra en las nuevas variantes del policial contemporáneo y que cumple bien con los parámetros hegemónicos; no se trata de una novela que experimente y transgreda las lógicas del género, “más bien nos encontramos ante un texto que las asume sin problemas y que intenta desarrollarlas dentro de los marcos más establecidos”.¹⁸

La novela está plagada de escenas armadas con mucho cuidado en los detalles donde destaca el efecto directo y los buenos momentos de suspenso. La narración es ágil y con buen ritmo, debido, sobre todo, a los encadenamientos y a los buenos diálogos. En general, la intriga que presenta el autor es atrayente e inquietante y atrapa al lector por su velocidad. De hecho, la novela involucra a un tipo de lector curioso —al que Jorge Luis Borges llamó lector detectivesco— que se interesa por intentar descifrar las reglas de los enigmas y los juegos y está atento a todos los recursos con los que el autor intenta despistarlos.

Abril rojo es sobre todo una novela negra y como tal, demanda el predominio de la acción en la trama novelesca. El autor logra un buen balance entre técnicas cinematográficas y de *suspense*, sabe aprovecharlas al máximo para aumentar la tensión que se mantiene a lo largo de toda la novela por medio de una complicación argumental.

Como se mencionó al inicio, el conflicto senderista ha sido abordado desde muchas perspectivas, y, en el caso de *Abril rojo*, se recurre a los mecanismos del género negro para presentar un Perú dividido por la incompreensión entre el mundo andino y el limeño. Mostrar la forma en que se pretende silenciar los ecos de la guerra permite un acercamiento interesante a un tema complejo que es una veta fundamental en la narrativa peruana actual.

¹⁸ Vich, *El canibal es el Otro* [n. 12], p. 249.

BIBLIOGRAFÍA

- Carbajal, Eric, "Mitología y neutralidad: ideología simulada en *Abril rojo* de Santiago Roncagliolo", *Cincinnati Romance Review* (University of Cincinnati), núm. 36 (otoño de 2013), pp. 168-187.
- Cornejo Polar, Antonio, *Escribir en el aire*, Lima, Centro de Estudios Antonio Cornejo Polar, 2003.
- Cox, Mark, *Sasachakuy tiempo: memoria y pervivencia. Ensayos sobre la literatura de la violencia política en el Perú*, Lima, Pasacalle, 2010.
- De Lima, Paolo, *Poesía y guerra interna en el Perú 1980-1992*, Nueva York, Edwin Mellen Press, 2013.
- Faverón Patriau, Gustavo, ed., *Toda la sangre: antología de cuentos peruanos sobre la violencia política*, Lima, Matalamanga, 2006.
- Giardinelli, Mempo, *El género negro*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1984.
- Perilli, Carmen, "Todas las sangres: la narrativa peruana de posguerra", *Telar. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos* (Universidad Nacional de Tucumán), año VI, núm. 7-8 (2009-2010), pp. 76-91.
- Roncagliolo, Santiago, *Abril rojo*, Madrid, Punto de Lectura, 2007.
- Saavedra, Néstor, "Identidad y diferencia: un acercamiento al conflicto armado de la década de los 80 representado en cinco novelas peruanas contemporáneas", *Ajos & Zafiros. Revista de Literatura* (Lima), núm. 8-9 (2007), pp. 55-68.
- Veres, Luis, "Mito, religiosidad, milenarismo y terrorismo en *Abril rojo* de Santiago Roncagliolo", *Espéculo. Revista de Estudios Literarios* (Universidad Complutense), núm. 34 (noviembre de 2007-febrero de 2008), disponible en DE: <<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero37/abrilro.html>>.
- Vich, Víctor, *El canibal es el Otro: violencia y cultura en el Perú contemporáneo*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2002.

RESUMEN

Uno de los capítulos más violentos de la historia latinoamericana del siglo xx fue el protagonizado por Sendero Luminoso en Perú. Este crudo episodio ha quedado plasmado en diversas obras artísticas. El artículo aborda una de ellas, la novela *Abril rojo* de Santiago Roncagliolo. El análisis se realiza desde la perspectiva del género negro, con lo que se busca explicar los mecanismos mediante los cuales el escritor peruano reflexiona sobre el conflicto interno. Estudia el papel del detective como eje conductor de la novela y como lupa a través de la cual se observan los crímenes y los problemas sociales que derivaron de la guerra.

Palabras clave: narrativa peruana contemporánea, Sendero Luminoso, ficcionalización de la violencia, Santiago Roncagliolo.

ABSTRACT

One of the most violent chapters of Latin American history in the 20th century was the one led by Sendero Luminoso in Peru. This brutal episode has been captured in diverse art works. This article focuses on one of them, Santiago Roncagliolo's novel *Abril rojo*. With a black genre perspective as starting point, this paper aims to explain the mechanisms used by the Peruvian writer to reflect upon the internal conflict. It also examines the role of the detective as the guiding thread of the novel and as lens through which war-derived crimes and social problems are seen.

Key words: contemporary Peruvian narrative, Sendero Luminoso, fictionalization of violence, Santiago Roncagliolo.